

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo vamos a enterarnos de una vez de en qué ha quedado lo del Sahara, si puede saberse?



—¿Cuándo van a empezar a descubrirse los vendidos al oro de Suiza?



—¿Cuándo se van a aclarar los escándalos económicos de los últimos años?



—¿Cuándo van a dejar de «calentarnos» con congelaciones salariales?



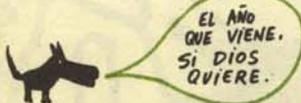
—¿Cuándo será el pueblo protagonista de la historia y no sólo de las emociones?



—¿Cuánto va a durar el futuro?



—¿Cuándo saldrá Triunfo?



DE DON MARCELO A DON MARCELINO

Aprovechando que don Marcelino Camacho va a estar unos días fuera de la trena, y que la ocasión la pintan calva, nos cumple establecer un paralelismo o analogía de proporción entre don Marcelo, el primado, y don Marcelino Pan y Agua, como dijo «Por Favor». Ambos llegaron a Madrid desde el extrarradio: Don Marcelo, desde la Ciudad Imperial, cosa que se le notaba; don Marcelino, desde Ca-

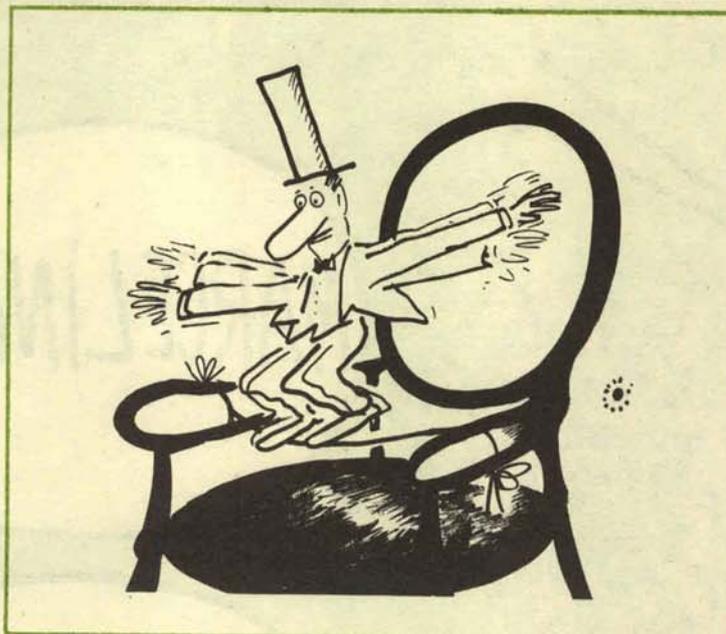
rabanchel, asimismo notándosele las secuelas. Los dos dieron el golpe: uno, en la plaza de Oriente; el otro, en la del Progreso. Donde falla la analogía de proporción es en el asunto, en el argumento de sus alocuciones. Rubeniana, la de don Marcelo. Miguelhernandezca, la de don Marcelino. Aquél, unido por vínculo a la Iglesia; éste, a una señora, justo desde la boda de Camacho, menos surtidas, dicen, que las de su antecesor. Don Marcelo habló de la espada y de la cruz. Don Marcelino llevaba la cruz a cuestas y habló de amnistía. Durante la intervención de don Marcelo, no intervino la fuerza pública. Durante la intervención de don Marcelino, tampoco. Don Marcelo volvió a la Ciudad Imperial. Don Marcelino (por lo menos cuando se escriben

estas líneas) no ha vuelto aún a Carabanchel.

Se ve claramente que un destino único les une por los antípodas, y que don Marcelo y don Marcelino, incluso, son purpurados los dos, aunque los tonos sean distintos. Y uno es cardenal y el otro tiene el alma llena de cardenales. ■ L.

¡HURRA, CONDUCTORES!

Sea yo indultado, riase el poblado. Conductores, amigos que conducís junto a mí y contra mí, como yo junto a vosotros y contra vosotros, estamos de enhorabuena. Y a la grúa que la vayan dando con el puro del corregidor. Que todo el monte es orégano, que ya os lo decía yo. Dice mi canción: «Yo soy el doctor Petiot del volante —y si no me dan por detrás— doy yo por delante». Estribillo: «¡Cranchcataplum!» Vuélvese a cantar la copla y luego al estribillo otra vez, hasta que llegue el municipal. Todo está muy justificado y bien justificado. Si uno tiene ideas propias sobre el motor de explosión e interpreta el delco o las bujías con arreglo a su libertad interior, eso no es subversión. Lo más, lo más, cultura. El automovilista tiene que conducir, estrellarse, pegarse con su padre, aparcar en las aceras y en segunda fila, apostrofar a los taxistas y adelantar en cambio de rasante en paz, progreso y libertad. O sea, en plan reconciliación. Si hacía falta una prueba capital y decisiva de que estamos dispuestos a entrar en la Europa comunitaria, ésa es: la rehabilitación de los automovilistas contumaces. ¡Qué vergüenza para la grúa ultra, y que íntimo regocijo para el municipal tímido, y no digamos para la municipal! ¡Aleluya, aleluya! Ya no hay Pirineos. El Giscard y los demás extranjeros se habrán dado cuenta de que Hispania fecunda venturosas almas, salve es cosa fina y que, por fin, nos damos la paz, que es lo que quiere el purpurado Tarancon e incluso monseñor Guerra Campos, que desde ahora va a llamarse monseñor Paz Campos, aunque por lo de Eliseos todavía no pasa. Conductores, venga esa mano; guardias municipales, venga esa mano; Ayuntamiento, venga esa mano; grúa, venga esa mano, y perdonen que no les dé la mía, que yo no me reconcilio así como así, que una vez di la mano y desde entonces soy un minusválido de aquí te espero. Bueno, qué,



el tablao



¿Entramos o no en el Mercado Común? Oiga, que ya nos han quitado la multa por pisar la raya amarilla, ¿qué más quieren? Oiga, oiga, señor Giscard, que no se me vaya, que usted nos dijo, que habló... ¡Hala que prisa! ¡Ya se ha ido! ■ ALBERTINA.

MAS JUSTICIA

La historia va por donde quiera, pero, de pronto, se concentra, adquiere sentido y salva a las víctimas. ¿O es que no han leído ustedes «Los miserables»? Debido al indulto general, adultos generales que no han leído a Hegel, ni a Torcuato Fernández Miranda, ni a Balmes, ni a Apostua, y que no saben quién fue antes y quién fue después, quedan limpios al estilo del blanco solar y del blanco blanquísimo. Ni se han enterado de la coyuntura. Escribamos sus nombres con la tinta azul purísima de la inocencia: Bastos del Real Zaragoza; Panadero Díaz, del Atlético de Madrid; el presidente del Turón; los delegados del Mallorca y del Pegaso; el presidente del Guecho; el delegado de campo del Rácing de Santander; Ramos González, del Lemos; al presidente del Calella, y a un auxiliar del Santurce. Esto por lo que toca al fútbol. En lo que toca al boxeo, quedan limpios como la patena Perico Fernández, los preparadores Martín Miranda, Alfonso Goya y Marzari. Y luego en baloncesto y en ciclismo. Por ejemplo, Bahamontes, que había sido sancionado indefinidamente, o sea, de una manera no definida, si la gramática no falla. Y quedan los oriundos, que los ha venido Dios a ver. Así que nada,

pelillos a la mar. La D. N. D. se ha portado. Y menos mal que no ha habido delitos financieros por el medio, porque si no se hubiera notado más la alegría. Como decía Sor Juana Inés de la Cruz: «Hombres necios que acusáis — a la mujer sin razón — sin ver que sois la ocasión — de lo mismo que culpáis.» Y quien dice mujer dice también contrabandista, estafador, defraudador, y por ahí adelante. Los han perdonado a todos, con bondad y fe en su mea culpa — aunque yo sé muy bien encima de lo que se van a mear —, sin que tuvieran necesidad de ejecutar lo que en el antiguo lenguaje de la tauromaquia se llamaba el «pase del perdón», que era ponerse de rodillas delante del toril y recibir así, genuflexa y valerosamente, al cornúpeta entero y justiciero. Aquí paz y después gloria. Borrón y cuenta nueva. Si te he visto no me acuerdo. El que sigue la consigue. La perseguida hasta el catre. Parada y fonda. Y vuelta a empezar. Nos alegramos por los futbolistas, por los ciclistas, por los boxeadores. Lástima que el director de «Triunfo» no sea futbolista, ni ciclista, ni boxeador. ¡Si por lo menos hubiera sido presidente del Turón! Jolín, ¿pero qué ha hecho ese tío durante estos años de paz y de unión entre los hombres y las tierras de España? Pues se ha pasado el tiempo leyendo los artículos de José Aumente y de Haro Tecglen. ¡Te digo lo que hay! No, si es que Dios ciega a los que quiere perder. Es la hija. ■ DEOGRACIAS.

LIBERTAD DE PRENSAS

Aquí ha habido un error. Falta una ese. No es «libertad de prensa», sino de «prensas». Un error

aparentemente trivial, pero tan lamentable como escribir Goebels con una sola be, u olvidar el hecho de que tenía categoría de mariscal. De lo que se trata es de la libertad de prensas.

En primer término, toda información tiene derecho a ser prensada. Es decir, a que le sea extraído el jugo hasta convertirse en un ollejo. Puesto que los ollejos son indigestos, se obtiene una ventaja adicional: que la gente no coma uvas. Si no, luego hay las borracheras de ollejo que hay, y

se dicen las bobadas que se dicen.

Por otro lado, está el sujeto activo de la información (ver Pedrol fumándose un puro con abrigo de cuello de astrakán, opinante sobre el secreto de las fuentes), que es el periodista. También goza de su inalienable derecho a ser prensado. Desde luego —y además— el periodista puede reclamar la asistencia iletrada en el momento de su pensamiento, así como el privilegio de que éste se realice mientras el sujeto activo de la in-

LOS PRETENDIENTES

PENELOPE tejía y destejía, los pretendientes acechaban. Proponían, ofertaban, se tendían trampas mutuas, buscaban presiones y ayudas. Algo eterno y misterioso hay en esta situación para que regrese siempre a la literatura, traspasando siglos. Y milenios. Algo está embarrado en el inconsciente colectivo, si es que tal cosa existe.

Hay ahora una danza de pretendientes. Un ballet de primeros ministros. Y de segundos, y de terceros. Un coro de directores generales, una danza de subsecretarios. No hay día sin que alguien no emita un programa político. La patria puede estar satisfecha: el número de sus salvadores es impresionante. Todos muestran una gran prisa. ¡El momento se pasa!

Pero ¿quién distingue, entre estos pretendientes, uno de otro? Todos tienen el mismo sonido grave y profundo. A hueco. Todos tratan de componer la misma imagen. Que no es fácil. En primer lugar, no quieren estar enteramente en la oposición. Es una palabra demasiado molesta: arrastra una carga peyorativa desde hace decenios. Pero tampoco quieren estar del todo fuera de ella. De la misma manera, no quieren estar dentro del régimen, pero tampoco quieren aparecer como fuera de él.

Estos difíciles ornitorrincos, asombro de naturalistas, tienen algo en común: han sido. En los anuncios de empleo se dice siempre: «Se requiere gran experiencia», o «haber desempeñado puestos similares». El que no haya sido, no será. Simultáneamente, tienen que ser como si hubiesen despegado, abandonado, olvidado, el régimen en el que fueron. ¡Ah, pero sin que se sospeche de su lealtad! Mientras sirvieron, sirvieron bien y honestamente. Cuando dejaron de servir, se reservaban para el futuro. Tienen que ofrecer una sensación de novedad absoluta y al mismo tiempo una imagen de lo que nunca cambia, de lo que no puede ser distinto, aunque sea distinto.

Como en España se ha sustituido la política de partidos por la política biográfica, cada pretendiente es un partido, con principio y fin en sí mismo. Y quizá en algunos aduladores apéndice, en algunos segundones que no tienen la biografía suficiente como para aspirar a desempeñar los primeros papeles.

¿Los mismos collares con distintos perros, o los mismos perros con distintos collares? ¿Quizá los mismos perros con los mismos collares? La idea de los perros sin collar no sobreviene fácilmente. Los perros vagabundos deben ser siempre perros vagabundos. Su destino: enlaquecer en las esquinas, ser cazados por los laceros. Tal vez terminar en la cámara de gas. Los perros vagabundos son siempre peligrosos. A lo mejor, escriben.

Danza cortesana de los pretendientes. Música de Lulli o de Rameau. Crinolinas, encajes y chaqués. Los pretendientes se visten y visten a sus distinguidas esposas. Aprenden la reverencia y el rendir.

Es conmovedor cuántas personas hay dispuestas a salvar a la patria. Una maravilla. ■ POZUELO